

En absoluto no merece la batalla de Turin la exagerada fama que se le ha querido dar, porque los franceses combatieron mal, y muerto Marsin, y herido Orleans, nadie los dirigió. Sus bajas entre muertos y heridos fueron relativamente insignificantes é iguales en número en ambos campos, es decir, 3,000; y finalmente si La Feuillade hubiese tomado parte en la pelea en el momento oportuno con sus fuerzas considerables é intactas, le habría sido fácil restablecer el equilibrio. No lo hizo; y en su retirada atropellada perdieron los franceses otros 6,000 hombres que cayeron prisioneros, y además el fruto de medio año de trabajo, es decir, las obras de ataque que habían levantado al rededor de Turin. La Feuillade podía haberse retirado detrás del Po, donde rodeado de fortalezas que estaban en poder de los franceses, y al frente de un ejército muy superior todavía al del enemigo, hubiera permanecido en seguridad completa. Entretenido el ejército victorioso de Eugenio en el sitio y reconquista de las plazas piemontesas, La Feuillade con el suyo podría haberse dirigido al Milanésado, donde había 20,000 soldados franceses y españoles que unidos á los suyos formaban un total mas que suficiente para defender y conservar con Milan la Italia central y meridional. Estas fueron efectivamente las órdenes que dió el duque de Orleans cuando mal herido le retiraron del campo de batalla; pero La Feuillade y sus generales espantados no pensaban mas que en correr para guarecerse á toda prisa detrás de la frontera francesa, que tan seductora parecía invitarlos desde las cercanas cumbres de los Alpes. Desobedecióse pues la órden del duque de Orleans, aprovechando su impotencia, postrado como estaba en el lecho del dolor; y esta desobediencia dió á la batalla de Turin la importancia de que goza, y la hizo tan fatal para la política francesa, derrumbando en un instante el dominio casi absoluto de los Borbones en Italia.

Cuando el ejército francés llegó desanimado y desordenado á su país, no encontró ningun preparativo para recibirlo, lo que aumentó considerablemente su estado aflictivo, y fué menester reorganizarlo de nuevo, mientras que en el Piemonte se rindió una fortaleza tras otra al vencedor despues de haber costado su conquista tres años de sacrificios y afanes. Tan grande era el terror que había causado en las guarniciones francesas la terrible derrota de su hermoso y potente ejército. Sin perder tiempo marchó Eugenio con sus fuerzas á conquistar el ducado de Milan, cosa tan fácil, á causa del odio que la poblacion tenia al dominio de los españoles, que toda la empresa se redujo á un simple paseo militar. Allí hizo Eugenio sin trabajo alguno muchos miles de prisioneros. El príncipe de Vaudemont con el resto de la tropa á sus órdenes habría podido retirarse al Mediodía de Italia y salvar así por lo menos á Nápoles para los Borbones, porque á la primavera siguiente, Orleans con un nuevo ejército no habría tenido dificultad en entretener al príncipe Eugenio en la Italia septentrional. No se hizo así: Luis XIV estaba profundamente descorazonado despues de las grandes derrotas de Höchstädt y Ramillies y la mas vergonzosa de Turin. Con estos golpes y las malas noticias de España acabó por perder su antigua calma majestuosa. Había consolado á Villeroy del descalabro de Ramillies con las palabras: «A nuestra edad ya no se tiene suerte;» pero cuando se le presentó La Feuillade despues de la huida de Turin le volvió la espalda sin hablar palabra. Ya desesperaba de poder conservar en su familia la monarquía española, pues harto trabajo creía le había de costar salvar á la Francia, que mas que nunca necesitaba batallones aguerridos y generales aptos. Había llegado la hora de economizar las aptitudes y la sangre de sus súbditos; y en su consecuencia encargó al príncipe de Vaudemont que entablara con el

enemigo negociaciones sobre la evacuacion de la Italia septentrional.

Las condiciones que pusieron los aliados fueron duras, consistiendo entre otras en la entrega de Niza al duque de Saboya, y el abandono de los duques de Mantua y de Pico de la Mirándola que como vasallos rebeldes del imperio alemán caían bajo la jurisdiccion del emperador. Empeñóse inútilmente Luis XIV en querer librar á sus aliados de la sentencia severa que les aguardaba; pero los hubo de abandonar á su suerte y dejar que expiaran con su ruina la alianza con el *gran rey*, como los demás príncipes alemanes traidores al imperio la expiaron. No queriendo ni pudiendo ya Luis XIV crear un nuevo ejército para sostener su dominio en la península de los Apeninos, renunció á ella y la abandonó incondicionalmente al emperador. En marzo de 1707 se firmó el convenio general que concedía pura y simplemente la retirada libre á Susa al ejército franco español.

Los baluartes avanzados de la dominacion borbónica habían caído uno tras otro en manos de los aliados: la Bélgica, la Italia, Colonia y la Baviera. La monarquía española quedaba circunscrita á la península ibérica.

Estos fueron los resultados, gloriosos para los aliados, de las campañas de Marlborough y del príncipe Eugenio en los años 1704 y 1706.

Llegó un momento en que hasta parecía que la España propiamente dicha estaba perdida para los Borbones.

Mandaba allí en la frontera occidental el duque de Berwick un cuerpo de apenas 10,000 reclutas españoles. En frente de él estaban Galway y Las Minas con poco mas ó menos doble número de soldados ingleses, holandeses y portugueses, mas que suficientes para acabar con Berwick y sus reclutas, si aquellos dos jefes hubiesen sabido ponerse de acuerdo. No obstante sus contiendas, hicieron retroceder á Berwick paso á paso hasta Madrid en la primavera del año 1706, entusiasmados por las noticias de Barcelona (1). Cayeron en sus manos una tras otra las fortalezas españolas situadas en el camino, y en 27 de junio verificaron los dos jefes su entrada triunfal en Madrid, donde proclamaron á Carlos III. Entonces fué cuando Zaragoza y todo el Aragon se levantaron en favor del pretendiente austriaco. Acudió de su retiro á la capital la reina viuda María Ana para celebrar la victoria de la causa alemana; de Toledo llegó el anciano cardenal, patriarca de las Indias, primado de la monarquía, Portocarrero, tan ultrajado de los Borbones despues de haber hecho tanto por ellos, á fin de cantar el *Te Deum*; pero quien no acudió fué el personaje principal, el nuevo rey Carlos III, á quien con un respetable ejército se esperaba de un día á otro ver llegar por el lado de Zaragoza.

Peterborough le instó vivamente en Barcelona para que fuera á Madrid, pero Carlos, indignado de la importancia que se daba este general y de su ambicion insaciable, y espantado por otra parte de lo que las personas que le rodeaban le referían respecto de los peligros á que se exponía con semejante viaje, resolvió pasar primero á Zaragoza, donde se hizo coronar solemnemente rey de Aragon.

Entre tanto recorrían el país muchas guerrillas formadas de patriotas que no queriendo aceptar un monarca impuesto por los portugueses y aragoneses, se entusiasmaron por el rey que les había impuesto Luis XIV, y que ahora les parecía su rey nacional, pudiendo decirse que jamás fué Felipe V tan popular como entonces cuando andaba fugitivo por las llanuras de Castilla la Vieja. «¡Mueran los extranje-

(1) Acusábase en España á Berwick de proceder de mala fe, y de dejar destruir el país. Por lo menos hubo ineptitud de su parte.

(N. del T.)

ros, mueran los austriacos traidores!» era el santo y seña de la poblacion, y miles de entusiastas defensores se reunieron al rededor de Felipe en Burgos, donde muy pronto formaron un verdadero ejército, mientras Berwick reunía otro al pié de la sierra de Guadarrama con milicias españolas y tropas francesas. En tales circunstancias no se atrevió Carlos á pasar á la capital, ni Galway y Las Minas á irle á buscar á Zaragoza, ni á salir siquiera fuera de Madrid, donde los rodeaba el silencio siniestro del odio. Finalmente, haciéndose su posicion cada día mas difícil, se decidieron ambos á abandonar la capital y abrirse paso hácia Zaragoza, pues que ya se les había cortado la retirada á Portugal. Con inmenso trabajo y pérdidas crueles llegaron á la frontera aragonesa. Detrás de ellos, en 4 de agosto de 1706, levantóse el pueblo de Madrid y degolló la reducida guarnicion portuguesa que había quedado allí. Para los Habsburgos ya no había esperanza en Castilla, y Peterborough abandonó mohino el país donde su naciente fama había quedado tan rápidamente agostada.

La única ventaja que se podía atribuir á esta campaña era que había enseñado el camino de la capital de España y quién sabia si otra vez, aprovechando leccion, no se la tendría mejor suerte?

#### CAPITULO IV

##### HUMILLACION EXTREMA DE LUIS XIV

En la vida de los pueblos, como en la de los individuos, jamás llega la fuerza coligada en circunstancias iguales á la concentrada en una sola persona. Cada uno de los individuos coligados tiene sus propios intereses que con mucha frecuencia discrepan del interés comun cuando no llegan á ser completamente opuestos; en cuyo caso la coalicion, poderosísima un momento antes, se encuentra amenazada de muerte. La desgracia es siempre una causa de disolucion para las coaliciones políticas, pero tambien puede ser motivo de su ruina la victoria y fortuna constante, porque antes de estar maduros los frutos originan envidias y contiendas que las matan en el momento mas favorable.

Una cosa por el estilo le sucedió á la gran liga germánica contra el elemento neo-latino representado por Luis XIV, cuando aquella triunfaba sobre este último en casi toda la línea. Entonces fué cuando estuvo á punto de disolverse.

El factor mas importante para la descomposicion de la coalicion era el deseo de paz que dominaba en la república holandesa, primero en las ciudades grandes que dirigian la opinion con sus respectivas provincias, y luego en las diputaciones ó parlamentos de estas provincias mismas. Esta corriente era principalmente obra de los agentes franceses que socavaban incansablemente en todas partes la opinion del país, valiéndose entre otros como argumento en sus trabajos de zapa, de la manera egoísta con que los ingleses explotaban en la península ibérica las ventajas que allí alcanzaban sus armas, con manifiesto perjuicio de los intereses holandeses, explotacion que en Holanda disgustó mucho á todas las clases de la sociedad. Cuando la Francia juzgó bastante preparado el terreno, hizo á fines de verano en 1706 ofrecimientos indirectos de paz, para ver si por este lado podía introducir la cuña demoleadora, como la había introducido para deshacer las dos coaliciones anteriores. Esta vez presentó al pueblo holandés un cebo mal calculado, pero seductor. En cambio de la indemnizacion que el archiduque Carlos pudiera darle por la adquisicion de la mayor parte de los territorios españoles, recibiría grandes ventajas la Holanda, y ¡qué ventajas! Respecto de las políticas se le

cedería toda la Bélgica; y para satisfaccion de sus pretensiones mercantiles se restablecería el tan ventajosísimo tratado de comercio del año 1664. El mal era que el territorio belga estaba ocupado por tropas holandesas é inglesas, y sin el consentimiento y aquiescencia de los ingleses, no había Bélgica, ni tampoco la indispensable barrera belga contra la Francia, sin la cual toda paz habría sido incompleta para la Holanda. En Inglaterra por otra parte prevalecía la influencia de Marlborough, que por razones nacionales, de partido y personales estaba resuelto á continuar la guerra hasta la humillacion definitiva de la Francia y la expulsion de los Borbones del último rincón de tierra española. Con profundo sentimiento hubieron pues de renunciar los muy poderosos señores del Haag el cebo seductor francés.

Otra causa mas peligrosa que esta amenazaba desmembrar la coalicion por el lado del Norte, donde la guerra ardía hacia ya seis años entre las potencias septentrionales y empezaba á la sazón á ejercer su influencia sobre la lucha por la sucesion española.

La cuestion entre el rey de Dinamarca y su primo el duque de Holstein Gottorp fué la chispa que inflamó el cúmulo de combustible amontonado desde largo tiempo.

El duque Federico de Holstein Gottorp, seguro del apoyo de su otro primo y cuñado Carlos XII (1) de Suecia, había buscado todas las ocasiones posibles para zaherir é irritar al rey Federico IV de Dinamarca, hasta que este perdió al fin la paciencia, y seguro por su parte del apoyo de los soberanos de Rusia, Polonia y Sajonia, prescindió de ceremonias y le arrojó fuera de su país. Apenas lo supo Carlos de Suecia, cuando sin consultar á nadie, á excepcion de su favorito el conde de Piper, declaró la guerra á la Dinamarca. Tenía diez y siete años entonces; y si contaba en su juvenil edad con la proteccion especial de la divina Providencia y con su inquebrantable fe, no contaba menos con su propia fuerza. Así fué en vano que los aliados de su país, la Inglaterra, la Holanda y el Austria le instasen á que renunciara á su idea, ofreciéndole en cambio sus buenos oficios para arreglar la cuestion pacífica y satisfactoriamente; en vano le representaron la extension incalculable del peligro en que se precipitaba; que la Rusia estaba haciendo armamentos y que un cuerpo de sajones había invadido ya la Livonia, provincia continental del Báltico perteneciente á la Suecia. Todo fué inútil; el impetuoso muchacho coronado, desembarcó en julio del año 1700 á la cabeza de su ejército en la isla de Seeland y puso sitio á Copenhague, capital de Dinamarca; y como este país se viera amenazado al propio tiempo por Inglaterra y Holanda, que á todo trance querían ver el Norte de Europa en paz, porque necesitaban los contingentes contratados con la misma Dinamarca, la Suecia y la Sajonia en cambio de subsidios para la guerra de sucesion entonces inminente, no pudo resistir el rey Federico IV á tanta presión y tantas amenazas, y firmó en 18 de agosto de 1700 la paz de Travendal, en la cual se obligó á reintegrar al duque de Holstein en sus territorios á título de soberano independiente; á quedar neutral respecto de la Suecia y pagarle una pequeña indemnizacion de guerra.

Fueron moderadísimas estas condiciones; pero se debieron á que otro enemigo reclamaba ya toda la atencion y activi-

(1) Puede consultarse la obra de A. FRIXELL: *Historia de Carlos XII*, traducida en alemán y publicada en Brunswick en 1861. Tiene esta obra el mérito de presentarnos á Carlos XII tal como era en realidad y no como tan románticamente le ha pintado Voltaire. Toda la obra de Fryxell se apoya en el estudio minucioso de documentos fidedignos.—Hay tambien otra historia del mismo rey, escrita por su sucesor el rey Oscar de Suecia. La traduccion alemana hecha por Jonass publicó en Berlin en 1875.

dad de Carlos XII. El czar Pedro, despues de adormecer á la Suecia durante largo tiempo con palabras de paz, la hizo con los turcos, y libre ya por este lado invadió la Estonia, otra provincia sueca del Báltico, con un ejército de 45,000 hombres, y sitió la plaza de Narva que se defendía con gran heroísmo. Voló Carlos á su socorro con solo 8,000 hombres; los rusos á pesar de su gran superioridad numérica se acordaron, y el czar se puso á toda prisa en salvo. En 30 de noviembre de 1700 tomaron los suecos el campo fortificado de los rusos cerca de Narva al primer asalto sin grande dificultad causando al enemigo 12,000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Por lo pronto ya no había ejército ruso.

Esta victoria aumentó extraordinariamente la petulancia y obstinacion de Carlos aunque en realidad solo era debida, por una parte á las excelentes cualidades de la tropa y de los jefes suecos, y por otra á la nulidad de los rusos, absolutamente como cuando hoy un cuerpo europeo vence y derrota á ejércitos bárbaros, orientales, diez veces mas fuertes. Envalentonado, pues, no quiso oír las proposiciones de paz que el atemorizado rey Augusto II de Polonia le hizo con grandísima solicitud; cuando si las hubiera aceptado era evidente que le habrían quedado las manos libres para dirigirse contra su adversario mas terco y mas peligroso, el czar de Rusia, y reducirle á la impotencia. Obstinóse en seguir su capricho de destronar á Augusto II. Era natural que este último se arrimara mas que nunca al soberano de Rusia, y en efecto tuvo con él una entrevista personal en Birsén en febrero de 1701, donde firmaron un convenio en el cual se garantizaron mutuamente la parte que cada uno tomaría en su día de la Suecia vencida, adjudicándose á la Polonia la Livonia y Estonia, y al czar la Ingria y la Carelia.

La grande extension del teatro de la guerra desde el lago Ladoga en Rusia hasta el rio Elba en Alemania, hizo indispensable para el rey de Suecia un ejército de 80,000 hombres cuyo equipo y manutencion fué una pesadísima carga para su reino pobre en gente y en dinero; y á pesar de esto no le quedaron mas que 14,000 para la ofensiva. Pero las tropas de sus contrarios eran muy inferiores á las suecas; las sajonas no pasaban de medianas, y las rusas y polacas eran malísimas. Gracias á esta circunstancia pudo forzar Carlos el paso fortificado del Duna cerca de Riga en junio de 1701, y ocupar en poco tiempo la Curlandia dependiente de la Polonia, con todas sus plazas fuertes. No se necesitaba tanto para que se hiciera incurable la manía de Carlos XII de no dar cuartel al rey Augusto; manía que no pudieron modificar ni las persuaciones de las potencias amigas ni las súplicas de sus súbditos abrumados por las cargas excesivas de guerra. Esta idea obstinada fué causa de la ruina definitiva de la Suecia, de la debilitacion de Polonia, y por estas dos razones del crecimiento del imperio ruso que debe á esta guerra sus provincias del Báltico y por medio de ellas su influencia en los destinos del continente europeo.

Con 16,000 hombres marchó aquel joven temerario á la conquista del reino de Polonia. Cerca de Klissow desembarcó en julio de 1702 al ejército contrario, muy superior al suyo, gracias al pánico que se apoderó de los polacos que emprendieron la fuga al aproximarse los suecos. Estos se apoderaron de Varsovia, capital del reino, y despues de Cracovia la segunda capital, hasta que otra victoria cerca de Pultusk en 1703 dejó á Carlos XII dueño absoluto del campo. El rey de Suecia pudo entonces proceder á la rendicion de Thorn, la mas inexpugnabile de todas las fortalezas polacas, la cual abrió sus puertas á los suecos en el otoño del mismo año.

Bastó esto para que se sometieran á Carlos XII grandes territorios polacos, donde los vencedores no habían puesto

el pié siquiera, y que no solamente pagaron buenamente las contribuciones de guerra que estos les impusieran, sino que hasta nació tanto en Polonia como en Lituania un partido favorable á los suecos, que se fué haciendo cada día mas numeroso. A la cabeza de este partido estaba la familia Leozinski y el arzobispo de Gnesen, el cardenal Radziejowski, persona de grandes dotes, fina educacion y mucha instrucion, pero venal y sin principios. Estos se apoderaron de la llamada Gran Polonia con su capital Posen. Radziejowski convocó en 1704 un parlamento polaco en Varsovia sin autorizacion del rey legítimo Augusto. Compareció como una tercera parte de los miembros que tenían derecho á asistir, los cuales, sobornados por el oro y aterrados por el hierro sueco, votaron la destitucion de Augusto II. Este convocó en seguida otro parlamento en Sendomir al cual concurrieron mas de doble número de individuos que al otro, senadores y diputados de la nobleza rural, que declararon la destitucion ilegal y obra de traidores. No hizo caso de esto el parlamento de Varsovia, el cual proclamó rey de Polonia á Estanislao Lesczinski, sujeto excelente, honrado, instruido, pero sin genio ni influencia ni ilustre prosapia. Hay que tener tambien presente que las tropas suecas en armas rodeaban el campo donde se estaba verificando la eleccion.

El país infortunado fué el que pagó todos los gastos, porque mientras Carlos XII asolaba las comarcas que reconocian por rey á Augusto de Sajonia, el czar Pedro de Rusia devastaba las que reconocian al rey Estanislao.

A esto por lo demás se redujo toda la intervencion del czar á favor de su aliado y de la Polonia, porque le convenia que los suecos y polacos se inutilizaran mutuamente mientras él procuraba posesionarse definitiva y exclusivamente de las provincias del Báltico que tanta falta hacian á su país. ¿Había prometido algo en el convenio de Birsén? No había tiempo para pensar en cosas fútiles; y así mientras Carlos XII con sus pocos soldados se dedicaba al trabajo hercúleo de someter las dilatadísimas comarcas polacas, un ejército ruso á las órdenes del general Chermetyeff penetró en Livonia donde venció en los últimos días del año 1701 y principios del siguiente á los pocos regimientos suecos que guardaban el país y tomó las plazas fuertes de Marienburg y Noeteburg.

¿Qué ventajas sacaba Carlos de su supremacia en Polonia, donde continuó un año tras otro, sin compadecerse de sus propias provincias bálticas, que entretanto eran asoladas y conquistadas por las huestes bárbaras del czar de Rusia?

En 1704 derrotó Carlos un ejército sajón que se le opuso, á las órdenes del feld-mariscal Schulenburg cerca de Punitz, y al año siguiente fué coronado Lesczinski solemnemente en Varsovia como rey de Polonia. Un nuevo é imponente ejército ruso-sajón mandado por el mismo Schulenburg fué derrotado por el feld-mariscal sueco Rehnskiöld cerca de Fraustadt, tanto que los que pudieron escaparse quedaron completamente dispersos. Entretanto sometió Carlos con otro ejército la Lituania y despues las provincias polacas del Sudeste.

El czar obrando con segunda intencion, solo socorría á su aliado á medias, y aplicaba todas sus mejores fuerzas á extender su dominio por las costas del Báltico, objeto de todos sus afanes. Habiéndose ya apoderado de la pequeña fortaleza sueca de Nyenschanz en la embocadura del Neva, echó allí los cimientos de su futura capital San Petersburgo, destinada á ser el eslabon entre el dilatado imperio ruso y el Occidente con su civilizacion y comercio. En seguida conquistó toda la Ingria, y devastó la Estonia y la Finlandia. El primero de estos dos países quedó conquistado en 1704 con la toma de Dorpat y Narva. En 1705 llegaron á Carlos

refuerzos de Suecia, pero las operaciones de todo este año se redujeron por ambos lados á excursiones y expediciones de devastacion, mas bien que á acciones decisivas.

Carlos XII, en lugar de mirar por sus provincias devastadas y conquistadas por los rusos, corría con la obstinacion de un demente en pos del pobre Augusto II que no deseaba otra cosa mas que hacer la paz; solo que detrás de todo esto estaban los agentes de Luis XIV que procuraban enemistar á Carlos XII con el imperio alemán á fin de obligar al imperio y al emperador á emplear todas sus mejores fuerzas y su mayor atencion contra el famoso capitán del Norte; pues que ya habían tomado mal aspecto para la Alemania los sucesos del Occidente.

A pesar de haber debilitado el mariscal Villars su ejército considerablemente en 1706 con las fuerzas que desmembró para enviarlas á Bélgica, el margrave Luis de Baden no había podido emprender nada absolutamente contra él á causa del pésimo estado de su ejército; y mientras la caballería enemiga recorría, saqueaba y asolaba las comarcas rhinianas, no creyó prudente salir de su actitud completamente pasiva. Finalmente sucumbió el infeliz á la desgracia que le perseguía; el aspecto triste de sus 19,000 soldados mal armados y hambrientos, las reconveniones constantes que llovían sobre él desde Viena, Londres y el Haya, y la vergüenza que le causaba el triste papel que hacia, acabaron con él; una grave enfermedad le obligó á dimitir en el otoño de 1706 su mando que para él en lugar de laureos solo había tenido espinas, y en los primeros días de 1707 pasó á mejor vida.

No tardó en quedar demostrado que con la muerte de este jefe nada se había mejorado y que de consiguiente no tenía él la culpa de tantas desgracias, sino el imperio alemán, tan desorganizado y putrefacto, que solo á fuerza de continuos artificios no se descomponía definitivamente al menor hábito de fuerza.

El sucesor de Luis de Baden en el mando del ejército federal fué Cristiano Ernesto de Baireuth, príncipe religioso, honrado y patriota, militar valiente en su juventud, pero que estaba ya cargado de años y de achaques en la época de que hablamos. En lugar de 80,000 hombres que figuraban en el papel, solo tenía á sus órdenes apenas 20,000, y aun á estos pocos no les supo tener reunidos, sino que los desmembró lastimosamente, facilitando con esto á Villars que disponía de doble fuerza, la operacion de atravesar en la primavera de 1707 aquellas líneas atrincheradas de Buehl-Stollhofen, desde las cuales tantos años había defendido Luis de Baden la Alemania meridional. A la sazón el Sur de la Alemania se presentó abierto é indefenso á los franceses, que con pasmosa rapidez inundaron la Suabia y la Franconia y las saquearon y esquilmaron de un modo bárbaro. Los diferentes gobiernos de la confederacion germánica en aquellas tierras tuvieron que pagar, solo á título de contribucion de guerra, 9 millones de florines, triple suma de la que habrían tenido que emplear para defender su país con éxito contra el enemigo. Mucho trabajo costó recabar de tan incapaz general que dimitiera, y que para halagar á los ingleses fué reemplazado por el príncipe elector Jorge de Hanover. En esto, cuando ya era tarde, llegaron tambien refuerzos de todas partes al ejército federal que contaba apenas 15,000 hombres. Ante un enemigo ya tan fuerte, retiróse Villars al otro lado del Rin cargado de inmenso botín sin que nadie le persiguiera.

Este año de 1707 fué mas afrentoso para la Alemania que la campaña tan fatal del 1703.

En Hungría estaban aun en peor estado las cosas é intereses del emperador José I, el cual siguiendo el consejo del príncipe Eugenio, había entrado en negociaciones con los

rebeldes por medio del palatino príncipe Esterhazy, pero sin resultado á causa de las pretensiones extremadas del jefe de los sublevados, Rakoczy, poseido de indomable soberbia por la fortuna que hasta entonces le había protegido. Los generales imperiales Pálffy y Starhemberg obtuvieron algunas pequeñas ventajas, y animados con ellas trataron de efectuar su reunion con las tropas del emperador que desde la Transilvania se dirigieron á su encuentro, pero Rakoczy aprovechó esta coyuntura para asolar completamente las comarcas de la orilla izquierda del Teiss, con lo cual obligó al ejército imperial á apartarse de la Transilvania. Era evidente que ni el traslado del bárbaro general Heister, ni el manifiesto conciliador de José I habían podido inclinar los ánimos á la paz y sumision. Muy al revés, habiendo hecho salir Rakoczy las fuerzas austriacas de la Transilvania, entró en aquel país que sus antepasados habían gobernado y se hizo elegir y proclamar su príncipe soberano por el parlamento reunido en 1707 en Maros Vasarhely, donde supo tambien despues sostenerse victoriosamente contra los imperiales. Arreglado esto, convocó el parlamento húngaro en Onod, donde sus partidarios se permitieron toda clase de atropellos contra los elementos menos exaltados, llegando hasta asesinar á dos diputados de opinion mas moderada. Valiéndose de semejantes medios logró Rakoczy que este parlamento declarara depuesto á José I como rey de Hungría y que hasta la reunion de un parlamento constituyente se nombrara un gobierno interino. Era evidente que la eleccion del nuevo rey recaería precisamente en la persona de Francisco Rakoczy, príncipe de Transilvania, tanto mas cuanto que el mismo parlamento de Onod renovó la «alianza perpetua» entre la Hungría y la Transilvania; de suerte que parecía concluido para siempre el dominio de los Habsburgos en los países al otro lado del Leith. A este punto había llegado el gobierno austriaco con su supina ignorancia. Si antes no podía sacar de estos países ningun recurso, ni en tropa ni en dinero, á la sazón veíase forzado á emplear todas sus tropas y fondos para defender contra ellos sus dominios alemanes.

En Alemania era tambien grande y general el descontento; el miembro mas importante de la confederacion ó sea del imperio, el rey elector de Prusia y Brandeburgo, disgustado de no haber sacado nada de la guerra de sucesion, amenazaba retirar su ejército de la coalicion.

En este estado crítico y confuso llegó en otoño de 1706 la noticia de que el rey de Suecia Carlos XII se aproximaba con su ejército para atacar á Augusto II desposeido de su trono de Polonia, en sus estados hereditarios alemanes, de Sajonia, es decir, en el corazón del imperio. Ni el emperador, ni sus partidarios, ni los demás miembros del imperio alemán estaban tranquilos: el joven monarca sueco infundía temor á todos. Carlos XII, de estatura muy alta, formas esbeltas, músculos duros y flexibles como el acero, ojos azules pero mirada ardiente y penetrante; incansable é insensible á las fatigas, á las privaciones, á las vigilia prolongadas y á la intemperie, el mejor gimnasta y mejor tirador de espada de su ejército, no conocía mas ley que su voluntad no sujeta á consideracion alguna y cuya realizacion perseguía con ciega é inflexible obstinacion; porque en su concepto su mayor virtud, la mas digna de un rey, era la firmeza y decision, cualidades inseparables de un varón ilustre.

Los protestantes de Silesia gemían oprimidos bajo el gobierno fanático é intolerante de los Habsburgos, y uno de sus aliados era el ex-rey de Polonia, el elector Augusto de Sajonia, el enemigo á quien Carlos XII odiaba de muerte. ¿Por qué no aliarse con Luis XIV conforme éste le estaba proponiendo con no poco empeño, para atacar al elector en su país, pues que declarando con este acto la guerra á todo

el imperio alemán, tendría que hacerla también al emperador, y en último resultado a la misma coalición?

Con solo 20,000 hombres penetró, pues, el impetuoso joven en Alemania y conquistó en un abrir y cerrar de ojos toda la Sajonia, que a consecuencia de su torpe gobierno se le entregó completamente indefensa. Mantuvo en su tropa la disciplina más severa, pero el pobre país hubo de aprontar 22 millones de talers (77 millones de pesetas aproximadamente) y unos 20,000 soldados. Con esto la estéril corona de Polonia dada a Augusto había costado a la desgraciada Sajonia nada menos que 350 millones de pesetas y 60,000 de sus hijos, sacrificados en las diferentes batallas y marchas. De esta manera arrancó Carlos XII el 24 de setiembre de 1706 la paz de Altranstaedt, en la cual Augusto renunció a la corona de Polonia, reconociendo como rey de este país a su competidor Estanislao Leszcinski; además obligó a entregar todos los desertores suecos y entre ellos a Patkul, no obstante hallarse este al servicio de Rusia. El infeliz que no había cometido más crimen que defender a su patria, la Livonia, contra la opresión ilegal del gobierno sueco, fue condenado a morir en medio de los martirios más horrosos. Firmada ya la paz, continuó Carlos muy tranquilamente en su campamento de Sajonia para reponer las fuerzas de sus soldados, extenuados y hambrientos en aquel país fértil y productivo, sin que esto turbara ya la buena armonía entre él y el vencido elector Augusto, mientras el czar Pedro hacía devastar la Polonia por sus tropas bajo el pretexto de castigar este país por haberse declarado por Estanislao, de lo cual la Rusia tenía la culpa por no haber socorrido a su aliado Augusto como debía.

La presencia de un hombre temerario como Carlos XII en el corazón de Alemania, era por sí sola un perjuicio gravísimo para la coalición y una ventaja grande para Luis XIV; porque con semejante joven no valían cálculos; de todo era capaz, y así ni el rey de Prusia, ni el de Dinamarca, ni el elector de Sajonia, ni siquiera el emperador, que estaba reñido con el rey de Suecia sobre asuntos políticos y religiosos, podían distraer la menor parte de su fuerza armada para enviarla como contingente al ejército federal. Carlos XII sentía una alegría infantil al ver el temor que infundía a tanto soberano, y menos que nunca pensaba en moverse. Un mes tras otro pasaron sin que diera la menor señal de querer abandonar su residencia de Altranstaedt, hasta que finalmente pareció decidido a lanzarse a nuevas aventuras. Esta vez quiso castigar al emperador José I, llamando a las armas a los súbditos protestantes del imperio en Silesia, Bohemia y Moravia; con lo cual causó una grandísima satisfacción a Luis XIV, que vio en esta nueva ocurrencia un medio de cambiar su derrota segura en victoria. En su consecuencia envió a Altranstaedt como hábil embajador a Ricoux con encargo de halagar el amor propio de Carlos solicitando su mediación entre la Francia y sus enemigos, como primer paso para atarle completamente al carro del rey Luis. Si lograba esto, quedaba la coalición derrotada y la Francia dueña de la situación. El único individuo capaz de desvanecer semejante peligro era Marlborough, que a la sazón estaba a punto de dar principio a la nueva campaña en Bélgica. Encargado por su gobierno y el de Holanda de la misión de deshacer las intrigas francesas, voló en la primavera de 1707 a Altranstaedt, donde no tardó en ganarse la voluntad de Carlos XII, que ambicioso como era no cabía en sí de contento al verse colmado de halagos por un hombre que era el primer capitán del mundo en aquella época a la par que un diplomático hábil y flexible. Ayudaron mucho a Marlborough la severidad de costumbres y rigidez de principios religiosos del rey de Suecia, el cual se convenció

fácilmente del peligro que todo aumento del poder francés entrañaba, cabalmente para la religión protestante cuyo campeón pretendía ser, mientras que Luis XIV se había mostrado en todas las ocasiones, sin exceptuar ni la más pequeña, su más inexorable perseguidor tanto en el interior de su país como en los demás. No se descuidó tampoco Marlborough en ganarse el apoyo de los ministros suecos con los regalos que abrían todas las puertas; y finalmente dominó completamente al rey y hasta logró allanar las diferencias entre él y el emperador; aunque no sin que este último soltara alguna prenda, cediendo el obispado de Lubeck al duque de Gottorp, eximiendo de todo cargo federal a las provincias suecas incluidas en el imperio alemán, y finalmente prometiendo tolerancia y restituyendo todos los templos y sus bienes quitados a los protestantes de Silesia desde 1648.

Arreglado todo esto, marchó Carlos en setiembre de 1707 a los páramos de Rusia donde hacia tiempo le hubieran querido ver los aliados.

De todos modos este episodio sueco causó una paralización sensibilibísima en las operaciones de campaña en Alemania, con las pérdidas consiguientes para los aliados; y del mismo modo tuvo que perder Marlborough el mejor tiempo para emprender cosas de provecho en los Países Bajos; porque después de sus negociaciones brillantes en Altranstaedt, en las cuales se había mostrado tan eminente diplomático como era eminente general, tuvo que dedicarse a influir en el ánimo del elector de Sajonia y del rey de Prusia para que hiciesen nuevos esfuerzos en favor de la causa de la gran alianza. Asegurado por este lado, volvió a su ejército en Bélgica, encontrando el enemigo que tenía en frente sumamente circunspecto, tanto que no pudo determinar a aceptar una batalla; pero a fuerza de movimientos estratégicos bien combinados, obligó a retirarse al otro lado de la frontera francesa hasta Lila.

Perdida ya a causa del intermedio sueco la esperanza que se tenía desde un principio, de alcanzar algún resultado favorable en Alemania en la campaña de este año, se consolaron los aliados con sacar ventajas en Italia, donde mandaba el ejército victorioso el príncipe Eugenio, nombrado por el emperador lugarteniente suyo en Milán, puesto tan honroso como pingüe; pero José I a pesar de la oposición decidida, formal y aun violenta de las potencias marítimas y de Victor Amadeo, se empeñó en enviar a Eugenio con su ejército a apoderarse por cuenta de los Habsburgos del reino de Nápoles, tan floreciente como rico. Los aliados alegaban con mucha razón que habiendo salido de Italia el ejército borbónico, el país ambicionado podría ocuparse sin obstáculo en cualquier otro tiempo, y que más urgente era atacar a la Francia para obligarla a una paz ventajosa, único camino para hacerse con la monarquía española toda; plan que corroboraron también los tristes resultados que obtuvieron entonces las armas aliadas en la misma España. Verdad es que las instancias de las potencias marítimas y del duque de Saboya no eran del todo desinteresadas, porque proponiendo, como lo hacían, una invasión en la Provenza, dirigiéndose su plan a la destrucción de la plaza y puerto de Tolón, que implicaba la destrucción del poder marítimo de Francia en el Mediterráneo, mientras el de Saboya debía obtener un aumento territorial por aquel lado; pero en el fondo era el plan más conveniente también para la causa común. Al fin encontré un término medio que resultó nada provechoso, como ya era de pensar. Destináronse a Nápoles 10,000 hombres de las mejores tropas imperiales mandadas por los mejores oficiales y en jefe por el general Daun, y a la Provenza al resto del ejército con el príncipe Eugenio y el duque de Saboya a su

cabeza, apoyados por mar por una escuadra inglesa. Nada costó la conquista de Nápoles, porque las guarniciones eran insignificantes y la población estaba deseosa de verse libre del dominio español profundamente odiado, y antes de fin de verano del mismo año estaba todo el país en poder de Austria. Más difícil se presentaba la campaña en la Provenza. Las líneas francesas levantadas en su defensa fueron tomadas luego; pero el calor estival, la falta de agua y en general la de viveres en el país, sistemáticamente asolado, fatigaron grandemente a los soldados y engendraron muchas enfermedades. Por otra parte los invasores habían contado con un levantamiento de la población rural, que no se realizó, y así llegó el ejército muy disminuido y exhausto delante de Tolón. Hallábase esta plaza defendida, además de las obras usuales y por las circunstancias topográficas muy fuertes, por un campo fortificado muy grande, cuya guarnición lo mismo que la de la plaza se defendió con tesón. Por otro lado, tanto la plaza como el campo recibieron de todas partes tales refuerzos, que los aliados se vieron muy pronto a punto de quedar cortados. Ya no estaba libre la retirada por el lado de Italia, y en los últimos días del mes de agosto de 1707 tuvieron que levantar el sitio y darse por satisfechos de poder efectuar su regreso al Piamonte con pérdida de 10,000 hombres. A pesar de tan triste éxito, esta expedición salvó al ejército federal tan miserable en el Mediodía de Alemania de su ulterior ruina, porque obligó a los franceses a abandonar sus operaciones en aquel país. Además quitaron también los aliados a la Francia a su regreso la plaza de Susa, última ciudad piamontesa que todavía entonces tenía en su poder.

Si se había frustrado para los aliados su expedición a la Provenza, peor les salieron las operaciones en España, donde habían perdido su mejor jefe con la marcha de Peterborough, mientras el general francés Berwick recibía cabalmente un refuerzo de 10,000 soldados de su país. Galway y Las Minas se resolvieron a atacarle en 25 de abril de 1707 cerca de Almansa; mas a pesar del valor que desplegaron fueron completamente derrotados por la superioridad numérica del enemigo. Casi todo su ejército quedó aniquilado en esta jornada, que decidió la campaña y la lucha entre el rey Borbon y el austriaco a favor del primero. En el plazo de un mes sometió Berwick todas las provincias de los reinos de Valencia y de Aragón, y hasta en Cataluña quedó reducido el archiduque Carlos a la capital y algunas pocas fortalezas. Felipe V aprovechó esta victoria, ó como decía «la derrota de los rebeldes» para quitar a los aragoneses los antiquísimos y venerandos fueros que no había podido destruir el fanático despotismo de Felipe II. Desde entonces hubieron de admitir los aragoneses el yugo del absolutismo que pesaba entonces sobre Castilla y no volvieron a recobrar sus fueros especiales (1).

Grandes é inesperadas eran las ventajas que la Francia había logrado en 1707, pero no curaban el malestar que siete años de guerra habían engendrado en el país. Costó mucho trabajo reunir nuevos contingentes de hombres para llenar los vacíos que tantas derrotas habían dejado en las filas del ejército; y lo mismo sucedía con los recursos pecuniarios, porque hacía tiempo que la vajilla de plata del monarca y desus cortesanos había sido fundida en la casa de moneda. El comercio marítimo francés estaba completamente anulado por las escuadras inglesas y holandesas que dominaban los mares, sin que nadie les hiciese competencia; la industria

(1) Los han recobrado en lo esencial al mismo tiempo que Castilla y toda España bajo el régimen constitucional, no como privilegio. (N. del T.)

también estaba paralizada por la falta de consumo y la carga de las contribuciones que todo lo asfixiaba sembrando por todo el país la miseria y la anemia. La situación era letal, tanto que hasta en la esfera más elevada de la sociedad se formó un partido a favor de una paz a cualquier precio. Este partido tenía contacto con la secta quietista, vencida y amordazada, pero no muerta, cuyo jefe y asesor espiritual era el mismo arzobispo de Cambrai, Fenelon, y cuya cabeza política era el discípulo de este, el duque de Borgoña, hijo del Delfín, el cual atendida la avanzada edad de su padre y más aun de su abuelo, parecía llamado a suceder a ambos en el trono en un plazo no muy lejano. El programa de este partido, al cual pertenecían también entre los ministros los duques de Beauvilliers y Chevreuse, uno y otro enemigos de Fenelon, era: gobierno pacífico, disminución de contribuciones, posición privilegiada de la nobleza y muy particularmente del clero, y vuelta al estado de cosas de la Edad Media. Estos santos varones habrían deseado, en su humildad cristianísima, pero anti política, que el rey pidiese sin demora a los aliados la paz, y expiara el pecado de haber hecho de la fama su ídolo con la renuncia de todas sus conquistas.

Esta camarilla ministerial ó «santa» estaba compuesta de gente muy honrada; pero cuyo gobierno habría sido la mayor desgracia para el país. Mas al lado de este partido de gente devota, habíase formado otro compuesto de aventureros miserables que se agrupaban al rededor de otro jefe que era el mismo heredero del trono, el Delfín. Este segundo partido se llamaba por la residencia del príncipe «la camarilla de Meudon.» El Delfín era un carácter vulgar y hasta bajo, tanto en sus gustos como en sus propósitos. Después de una vida de excesos, se había casado con una dama de la corte de la clase más inferior con la cual vivía sin comunicarse con la familia real en su palacio de Meudon, rodeado de las personas más viciosas, inmorales é indignas de la corte. Por aversión a su hijo mayor, el duque de Borgoña, y no por amor al segundo, a la sazón rey de España, era partidario de la continuación enérgica de la guerra, cuya opinión fomentaban los individuos derrochadores y aventureros, que componían su corte, porque disfrutaban ó ambicionaban puestos pingües en el ejército ó en la administración de la hacienda real.

El partido contrario al del Delfín, el de su hijo mayor, ó sea la camarilla de los santos, había ganado a su favor al ministro de negocios extranjeros, Torcy, por cuyo medio había podido llegar a las negociaciones de paz de 1706, que no condujeron a ningún resultado; pero allí acabó también su influencia, porque su índole y sus propósitos eran demasiado opuestos a los del anciano rey para que hubiese podido conservar este partido su influjo por largo tiempo. El duque de Borgoña, tan bondadoso, tan devoto y piadoso, siempre encerrado en su gabinete ocupado en la lectura de sus libros ó en experimentos de física; hombre, que solo interrumpía sus estudios para cumplir con la escrupulosidad más minuciosa y puntual las ceremonias espirituales y los deberes mecánicos prescritos por la Iglesia, que huía de todas las diversiones como actos pecaminosos, y cuya bondadosa simpleza le hacía el juguete de todos los intrigantes, era todo lo contrario de su abuelo el rey, cuya política y conducta condenaba sin ocultarlo. Como hombre valía más que Luis XIV, pero como soberano de un gran país érala inmensamente inferior. A esta su piedad y sumisión humilde a la Iglesia reunía un gran orgullo de casta, que no podía sufrir la más pequeña oposición.

Luis XIV vio y conoció todo esto tan bien, que empezó a mirar a su nieto como persona molesta a sus planes y hasta peligrosa; de suerte que desde entonces, y sobre todo desde